

las ocupaciones más groseras. Las madres de familia casan á su progenitura en edad tierna; gastan en las comidas de boda la mitad menos por el cónyuge hombre que por la mujer. En cuanto á las muchachas adultas y á las viudas, saben muy bien encontrarse un esposo; á las ricas no les faltan frecuentes partidos. El preferido va á vivir á casa de la suegra, que reina y gobierna, tomando á su hija como primer ministro. Si el consorte se permite gastos para los que no ha sido directamente autorizado, él los saldará como pueda. Se ha visto vender como esclavos á padres de familia, por negarse la esposa á pagar las multas á que habían sido condenados; — le era lícito, en esos casos, contraer segundas nupcias (1).

Ningún pueblo se complugo más que los naires en la familia maternal, nadie la ha desarrollado más lógicamente, aun en contra de los obstáculos acumulados contra esa institución, por una raza admirablemente inteligente, dotada privilegiadamente para la victoria.

Los brahmanes, esa casta orgullosa y de inteligencia refinada, ¿cómo hubieran renunciado á explotar esos pueblos sencillos y cándidos? Entre el patriarcado y el matriarcado, entre esos dos sistemas de filiación, la conciliación pareció imposible, infranqueable. Sortearon el obstáculo con ingenio, con una perseverancia digna de la raza sacerdotal. Era evidente, y así lo tenían que reconocer, que la población indígena no quería de su sistema de familias. Y no obstante, su ley era terminante; ellos no podían, no debían abandonar su filiación por el padre, sin condenarse ellos mismos á la desherencia, sin declarar que se habían engañado. Ya veremos cómo se las arreglaron.

(1) Hodgson, *Journaq of the Asiatic, etc.*, 1849, Dalton.

Los naires amaban á su familia más que á ninguna otra cosa en el mundo: es el fin único de su existencia. Como todos los indos, tendrían por inferior al hombre que, con propósito deliberado, se negara á ser padre y se privara de los dulces cuidados que procura la educación de un niño; se indignan contra la joven que se niega á ser madre (1); parece ser que en el otro mundo es condenada á terribles castigos la que no ha reproducido la especie. Las once mil vírgenes, gloria de Colonia, hicieron bien en presentarse delante de San Pedro, que las recibió con honor en el paraíso cristiano; del paraíso tamul jamás hubiesen ellas franqueado el puente levadizo. Se casa á las malabares á los doce años, y hasta antes; un astrólogo elige el día feliz para la fiesta, que se celebra con gran pompa; se han convocado músicos y comediantes, saltambanquis, bailadores y bailarinas. Los parientes próximos ó lejanos están todos presentes. El tío y los hermanos de la casada reciben las visitas, las presentan á la madre y á las hermanas, ataviadas con sus mejores vestidos. La damisela y el señorito que se le ha elegido como esposo, hacen su entrada. Con gran ceremonia se les rodea al cuello una cadena de oro con dos preciosas gargantillas, y encadenados así el uno con el otro, van y vienen ante la asamblea. Después de dadas algunas vueltas se les separa, pero inmediatamente el esposo anuda á la garganta de la esposa un *tali*, equivalente indo de nuestro anillo nupcial. Es un cordón al cual se ata alguna bagatela simbólica: una piedra preciosa, una hoja de oro arrollada como cuernecillo y atravesada por un hilo de seda. Luego

(1) «Si una joven llegada á la época núbil, y muere sin haber tenido relaciones con un hombre, los prejuicios de la casta exigían que el cuerpo inanimado fuese sometido á una copulación monstruosa». Abate Du-bois, *Moeurs de l'Inde*.

de atado el talí, á los jóvenes esposos se les declara unidos en nombre de la ley, y las diversiones empiezan. Después de cuatro ó cinco días de fiesta, los asistentes á la boda son despedidos, hasta el recién casado. Se le dan gracias expresivas por el servicio hecho:

«Os reembolsaremos vuestros gastos, os regalamos un traje completo y os ponemos en la mano una docena de pesetas, después de lo cual se os hace cuestión de honor no molestar con vuestra presencia en la habitación conyugal.»

Un semibrahman, algún hermano mayor, franciscano ó capuchino, como si dejáramos, consiente á veces hacer por sí mismo y en persona la colocación del talí; pero sea dicho en honor de la desposada, rechaza la obra marital, para consumir la cual es preciso llamar á un cualquiera pagado á precio convenido. Marco Polo, á quien esos esposorios maravillaban, cuenta en substancia:

«Los patamares, traginantes y obreros del puerto, contratados para la tarea, regatean sus servicios y discuten la remuneración; pero si el precio que pretenden es muy elevado, se dirigen á los árabes y extranjeros, que trabajando gratis y sin hacerse de rogar, serían preferidos á todos los otros si supiesen alejarse á tiempo. Más de un viajero bien formado y de aspecto agradable ha sido sorprendido por la proposición que se le hacía de casarse inmediatamente con alguna encantadora criatura; pero después del casamiento costaba gran pena á la familia hacerle comprender que era indiscreto continuar por mucho tiempo, y peligroso volver. No obstante, la así casada llevará toda su vida el precioso talí alrededor del cuello, no quitándose en caso de que el hombre que se lo puso muriese. Entonces se vestirá de luto, se purificará tomando el baño y todo habrá terminado.»

Eso se parece poco, hay que declararlo, á las lagri-

mosas historias que se nos han contado acerca de la «viuda malabar».

Detengámonos un instante para consignar el hecho de que esos curiosos casamientos son una remembranza de la época brahmánica, cuando los conquistadores se esforzaban para imponer una institución á un pueblo que no la quería. ¿Es que los habitantes, jefes de familia, eran maltratados si no podían satisfacer las prescripciones del casamiento legal? Pues tomaban bravamente su partido y se casaban por la forma, acordando ambos cónyuges no tomar en serio el compromiso contratado. ¿El oficial del registro civil exigía una partida? Se le presentaba el acta. Pero ningún policía podía obligar á los esposos á quererse, no podía obligar al padre á ocuparse de niños que le eran indiferentes. Ya podían declararle autor auténtico de su progenitura; él levantaba los hombros. La paternidad era nada en un país donde todos los niños tienen su madre, pero que nadie sabe quién fué su padre. No quiere esto decir que la filiación fuese siempre incierta. Había princesas, altas y poderosas damas, que se permitían la fantasía de tener un amante declarado, y hasta había quien no poseía uno solo. En Caunour, Buchanan fué á presentar sus respetos á la Bibí, que le recibió muy atenta y le presentó al padre de sus hijos. En la comida de gala que ofreció al viajero, el marido de la reina comía de oficio. Los príncipes y reyes tenían amantes, con cuya fidelidad podían contar, y las cuales conservaban á su lado toda la vida; pero los hijos no reputados de sangre regia, pertenecían á la familia de la mujer, ó á ésta solamente. Hasta aquí habíamos creído que, de todos los goces, los de la paternidad eran los más dulces y profundos... Y he aquí hombres que los ignoran. Habíamos creído la paternidad un sentimiento natural... No es más que una idea adquirida.

Por todas partes el casamiento es ó ha sido la toma de posesión de la mujer por el hombre. La costumbre malabar es excepción de la regla; las bodas no tienen otro objeto que emancipar á la mujer y hacerla entrar en sociedad. Para adquirir su independencia toma ella un amo; con el contrato de servidumbre en la mano, adquiere ella la libertad de su persona. Con tal de que lleve su talí colgado al cuello, está libre hasta del lecho conyugal. No es la primera vez que se ha visto un símbolo vaciarse en su contrario, y una institución desnaturalizarse y cambiar completamente. Pero volvamos al asunto:

La esposa emancipada reside con su madre, hasta en caso necesario en casa de un hermano, á menos que ella no prefiera instalarse sola. Ella espera procurarse vida alegre, unirse con quien quiera, pero no con su marido legal, la opinión no la perdonaría. Las primeras presentaciones se hacen por su madre y por un tío materno. En el Norte de Malabar, donde la progresión hacia la familia maternal es más avanzada, las conveniencias no permiten á la mujer tener más de un amante á la vez. Pero en el Sur, donde nosotros describimos la costumbre, la mujer es tanto más considerada cuantos más amantes tiene, cuatro, cinco, seis, siete, pero no más de diez ó doce: todo tiene sus límites. Según las conveniencias recíprocas, cada uno es huésped privilegiado durante veinticuatro horas, una semana, una ó media década. ¿El rey del día quiere evitar las visitas, librarse de los importunos? Pues cuelga en la puerta su cinturón, del que pende su espada ó su cuchillo; ya se sabe lo que ello quiere decir.

¿Y qué hacer, además, del servicio de la reina? Lo que se quiere. El *semanario* de un grupo es libre de postular sus funciones en otras partes; él se presenta, es admitido ó rechazado, va, viene, sale ó entra. Don-

de hay coacción no puede haber placer. Los accionistas de esas Sociedades con capital variable, contribuyen cada uno con su cuota á los gastos del establecimiento. Quién provee los víveres, quién los licores, éste el jardín, el otro las ropas... El amante primero, el favorito, es el encargado de los vestidos, artículo que no alcanza gran valor, pues bajo tan agradable clima las gentes se visten poco; cuanto menos cubren las ropas más se enseñan las perlas y joyas. Las mujeres cuidan especialmente de sus cabellos; se admira el talle elegante, el aspecto decente y agradable, la amabilidad de sus modales. En principio los regalos no son costosos; es regla que debe procurarse á las hermosas una existencia confortable, según el boato á que ellas estén acostumbradas, pero nada más. Ellas desean divertirse, pero no enriquecerse. Si una mujer es libre de tener su docena de caballeros, éstos á su vez son libres de tener otras tantas amantes, entre las cuales distribuyen la parte de abastecimiento que les corresponde, ropas, armas, caballos y objetos personales. Cuando la amante devuelve á uno de sus galanes lo que de él ha recibido, se sobreentiende que no debe molestar con sus visitas y buscar fortuna en otra parte.

Se ha pretendido que ese género de vida había sido imaginado por los soberanos y legisladores, con objeto de crear una aristocracia guerrera, indiferente al lucro, insensible á las atenciones de la familia y á la ambición. Pero ese género de vida no se inventa. Insistamos en el hecho de que esas costumbres son las de los nobles y gentileshombres; el bajo pueblo no tiene ni bastante fortuna ni suficiente tiempo para hacer una vida cuyo móvil principal no es el trabajo, sino la diversión. Esa libertad de costumbres es privilegio de las clases directoras, su prerrogativa especial. Un nair puede liarse con ésta ó con la otra, puede otorgar sus favores á quien le plazca, pero no por eso se envilece.

Hace tres siglos, los casados con clases inferiores eran asesinados por sus iguales. Actualmente tales infracciones no se castigan con la muerte, sino con el deshonor. En otras partes el adulterio es de individuo á individuo, aquí es de casta á casta.

«De noble señor á honesta dama,» por emplear el lenguaje del señor Brantome, no puede haber más que honestidades, pero mezclarse con un villano ¡quita allá! El Zamorin puede tomar como favorita cualquier joven hermosa de la aristocracia; todo el mundo debía hacer cuestión de honor complacerle; pero ¡oh desgracia! si una princesa hubiese distinguido á un plebeyo con sus favores...

Insistamos sobre el más interesante aspecto de esta familia malabar, que ha llegado tan primitiva hasta nuestros días: sucesión de madre á hija, y del tío á los hijos de la hermana mayor; la casa dirigida por la madre ó la mayor de las hermanas; la poliandria y la poligamia codeándose ó inextricablemente mezcladas, gracias á la institución de los «matrimonios societarios». Así es que cada mujer tiene varios maridos y éstos á su vez tienen varias mujeres. En tesis general, la poligamia es el hábito de los ricos y poderosos, tales como los naires y la alta sociedad; la poliandria el recurso de los pobres, tales como los carpinteros, los joyeros y forjadores. La una forma es más frecuente que la otra, tanto en Malabar como en varias partes de la India, y notablemente en Ceilán. La forma más sencilla y general es la poliandria adélfica, en la cual varios hermanos se unen á una sola mujer. Los cinco Pandovides habíanse casado con una esposa común; lo cual no impidió que cada uno de ellos corriese sus aventuras, contrajeran matrimonio por su cuenta, pero

las esposas que ellos traían al grupo, debían aceptar todas la supremacía de la primera, de la incomparable Krishna Draupadi (Duncan). Siendo aún la costumbre bastante general, no citaremos más que ejemplos del pasado y en pequeño número: la Arabia Feliz, donde la mujer era común á todos los hermanos (Strabón); Esparta, donde era lo mismo en las familias pobres, y las Canarias, según Bethencourt.

Los hermanos naires se juntan para mantener á una mujer; en cuanto á sus hermanas, viven como hetairas; y por excepción singular, verdadera paradoja social, necesitan ser casadas para gozar la libertad de los amores. Observación importante: la *conyugalidad* está aquí dominada por la fraternidad, ó, si se prefiere, por el adelfismo; las relaciones entre esposo y esposa, entre amante y querida, son menos íntimas que entre hermanos y hermanas. En nuestro ambiente, y bajo la influencia de las ideas adquiridas, la cosa parece inexplicable y casi contra naturaleza; pero allá, ni siquiera se supone que pueda ser de otro modo.

La madre reina y gobierna; tiene en casa, como primer ministro, á la hija mayor, la cual transmite órdenes á todos sus inferiores. En las grandes ceremonias de antes, el príncipe reinante mismo cedía el paso á su hermana mayor; con mayor razón reconocía la primacía de su madre, ante la cual no se atrevía ni siquiera á sentarse sin que antes le diese ella permiso; tal era la regla en el palacio como en la más humilde residencia de un humilde nair. Los hermanos obedecen á la mayor, respetando á las segundas, con las cuales, durante la primera juventud, evitan el vivir solas, por temor á una sorpresa de los sentidos. Las relaciones son muy diferentes según las edades. La lengua tamul, aunque distingue á la mayor y las segundas, siguiendo su rango, carece de expresión que equivalga á nuestra palabra genérica de hermano.

¡Cuántos observadores superficiales llegarían ligeramente á la conclusión de que este pueblo mal nacido no conoce el amor fraternal!

Los hijos, no obstante, no vienen obligados á residir con su madre; tienen la facultad de crearse nuevo hogar. Quien quiere abandona la casa materna, llevándose consigo á la hermana preferida, que tomará la dirección de la casa. La esposa viene en segundo lugar, debiendo á la cuñada sumisión y respeto. ¿Surge un conflicto? El marido defenderá la causa contraria á la de su cónyuge, la cual también le sacrificará si los intereses de su propio hermano están en juego. Si el esposo muere, inmediatamente después la esposa se marchará con sus hijos; cualquiera que haya sido su cariño y fidelidad hacia el difunto, ni siquiera se pensará en que se quede con la familia. El amor conyugal, piensan los naires, es cosa pasajera, y la amistad entre hermano y hermana la tienen por cosa duradera. La epopeya de los *Nibelungos*, bajo su forma primitiva, atestigua tal estado de cosas, que se ha perpetuado en varios países, notablemente en Servia—como prueban los cantos populares—y entre los yorubas de Abekoutas, entre los cuales los derechos del hermano privan los del marido y hasta los del padre.

Sin clamar contra la costumbre que prevalece hoy, y admitiendo que nuestros civilizados tienen sus razones para hacer lo que hacen, hay que reconocer, no obstante, que la costumbre malabar simplifica singularmente el Código civil y el Código penal. Nada de procesos por adulterio, por divorcio ni por separación de cuerpo ó de bienes, nada de dificultades por la herencia... ¡Qué descanso!

—
 ¿Pero cómo se portaron los brahmanes ante una institución que deshizo su poder, porque ellos quisie-

ron deshacerla? ¿Podían acaso reconocer que estaban equivocados? No, porque eran sacerdotes. Por eso no han cesado de combatirla ó declararla buena, á lo sumo, para pueblos atrasados y castas despreciables. Todos ellos se dicen más nobles que el rey, y los tambouran no les llegan ni al tobillo. A un noble le basta que un paria se le detenga á los treinta y dos pasos, pero los sacerdotes é hijos de sacerdote exigían doble distancia. A sí mismos se llamaban soberanos legítimos del país. Antes de la conquista por los ingleses, el Zamorin, por la gracia de Dios, se creía el autócrata y dueño absoluto... ¡Qué error el suyo! El último de los sacerdotes le era infinitamente superior, si la religión no ha mentido. «Somos nosotros, decían ellos cuando se les quería escuchar, los verdaderos reyes de derecho divino. Ese tambourí que se dice monarca, no es, de hecho ni de derecho, más que un usurpador. Esos naires orgullosos de sus riquezas y de las hazañas de sus antepasados, no son, después de todo, sino impuros sudras. En cuanto á nosotros, seres de esencia sobrehumana, inmortales disfrazados bajo envoltura mortal, viajamos sobre la tierra sólo para ver á nuestros creyentes y hacerles gozar de nuestros beneficios. Nosotros sentimos hacia ellos ciertas bondades, y aun á costa de algunas gotas de nuestra preciosa sangre, queremos elevarlos por encima de la animalidad, pues el cielo quiere esparcir sus gracias sin mirar demasiado dónde van á caer. Es que nosotros somos verdaderamente divinos, teniendo por nombre *Manoushya Devah*, dios entre los hombres.»

¿Olvidaron ellos que fueron amos del país y señores temporales y espirituales? Una revolución, es cierto, los echó del poder, pero sólo después de seis ó siete siglos. No ha habido prescripción. Hablando en nombre del Dios «que vive siempre», teniendo del Eterno y de la eternidad llena la boca, los sacerdotes

miden el tiempo de otro modo que los simples laicos, teniendo sobre estos la ventaja de no aceptar jamás los hechos consumados. ¿Es que los brahmanes de Travancord se alababan de conquistar su antigua Kerala? No, puesto que ya lo han hecho. Provisionalmente han delegado el poder militar. Todo joven noble, al ceñir la espada que le hace caballero, recibe la prescripción: «Proteje las vacas, defiende los brahmanes.» Ellos dicen ser infinitamente superiores á los demás hombres. Se les toma por tales y no aceptarían honor y confort: *¿Otium cum dignitate?* Ellos han enseñado al pueblo: «Si los nambourís sufren algún disgusto sobre la tierra, la santa Trimourti se irrita en el cielo;» el buen pueblo lo cree.

«...Las llanuras al pie de los Ghats emergieron del fondo del mar por orden de Vichnú, que las leyó á sus amigos los brahmanes, bajo la condición de que se sumergirían bajo las aguas si cesaban de estar regidas por los príncipes nacidos de sangre brahmánica. El país entero debe servir, con todas sus rentas, á la erección de templos y fundaciones piadosas; de ahí su nombre sagrado de *Kerm Baoumi*: «la tierra de las buenas obras» (1).

Otra leyenda (2), contada para la moralización de las masas. Se trata de los nagas ó serpientes; — las serpientes terrígenas simbolizando la población autóctona. Resumamos:

«Los nagas, malditos por su madre, habían sido condenados todos á perecer. Se les degollaba, iban á ser exterminados hasta el último, cuando se presentó el joven príncipe Artika, brahmán por el padre, naga por la madre, investido por consecuencia con todos los derechos, con los dados por el patriarcado y los confe-

(1) Duncan, *Asiatic Researches*, 1799.

(2) Mahabharata, *Adi Parva*.

ridos por el matriarcado. Artica, apiadándose de todos los miserables, obtuvo su gracia y recogió los tristes despojos. Un hijo del Sol había por fin querido infundir con su sangre generosa la raza de los ilotas, salida de la Tierra: su descendencia brahmánica efectuó la reducción.»

Esa leyenda, inventada evidentemente por las necesidades de la causa, explica la política brahmánica: Puesto que esas sencillas poblaciones matriarcales no querían reconocer más que la madre, nosotros les suministraremos padres, si tal es nuestro interés. El patriarcado explotará al matriarcado.

¿Pero cómo esa sublime aristocracia podía unirse á naires, apenas dignos de besarles humildemente la mano?

¡Admirad la prudencia sacerdotal! No hay como los maestros en casuística para salvaguardar tan hábilmente la virtud; no hay como los teólogos para manejar la ortodoxia con tanta destreza, por entre escollos donde zozobraría una moral vulgar. La ley de Manú impone á todo devoto el deber de tener un hijo, para que los manes de los antepasados estén sustentados por los sacrificios fúnebres. La ley no obliga á tener varios hijos, pero lo permite, dice que los segundos nacen, no del deber, sino de la voluptuosidad... Y bien, esa línea superrogatoria, nuestros santos hombres la consagraron á la salvación de las clases inferiores. Puesto que la transmisión del sacerdocio se efectúa de primer nacido á primer nacido, los nambourís casaron su hijo mayor según los ritos consagrados. En cuanto á los hijos segundos, no perpetuarán la raza, no se unirán en «justas bodas», pero contraerán algunas uniones de corta duración con mujeres extranjeras; se permitirán honrar con su benevolencia alguna muchacha de inferior condición. Un brahmán dará progenitura á una nair, pero nunca un nair á mujer brahmána. De ese modo el

derecho del patriarcado es escrupulosamente respetado, y de paso se vive en paz con el matriarcado.

Indiferentes con la paternidad que ignoran, ó que afectan no conocer, los naíres que tienen alguna herencia que legar — sea un trono, palacios ó propiedades territoriales, — se les ha enseñado por larga tradición que los sacerdotes, hechiceros muy distinguidos, producen con su magia toda clase de prosperidades en las casas donde han tenido la complacencia de entrar. Las grandes familias se creerían degradadas si cada generación no les llevara un influjo de sangre sagrada. Con verdadero reconocimiento acogerán ellas los servicios de los sacerdotes hijos segundos, yernos que vienen á proveer de herederos los tíos con herencia. El príncipe reinante recibía con agrado á los bellos Eliacin, les hacía refrescar, los cumplimentaba y les daba infinitas gracias por el honor que daban á su casa. Luego introducían los muguets de sacristía en la sala donde, ataviadas con sus mejores vestidos, esperaban la «Bibi» y sus hijas las princesas. La juventud entablaba relaciones, se divertía, daba paseos por el campo, se arrullaban á la luz de la luna; la primavera siguiente veía nacer una multitud de pequeños tambouranes. Y la Bibi no quería ser abandonada. La víspera de su boda había sido purificada por un brahmán, el cual había recibido quinientos ó seiscientos ducados por la tarea. Cuando el esposo salía de viaje, la dejaba bajo la custodia de los sacerdotes, á los que daba las gracias á su regreso por tan extrema complacencia. Pedro Cabral cuenta que en Calicut, las dos esposas reales recibían cada una las atenciones de diez brahmanes; menor número no hubiera bastado al honor del soberano.

La alta nobleza quiere estar siempre bien provista, y los pequeños hidalgos reclaman su parte. Los levitas se resignan. ¡Pero cuántas exigencias tiene el culto

de Brahma! ¡Cuántos actos de sacrificio! Contemos un poco: las bailarinas de los templos, heróduas y bayaderas, deber riguroso, obligación sagrada; las tambouretas; las princesas y bellezas de la corte; las grandes damas y notables de la provincia. Cuanto de más remoto abolengo son las mujeres, más atadas se presentan á la costumbre. Los naturalistas se extrañan de la abnegada presteza que ponen los pitirrojós, las névatillas y otras avecillas en incubar el huevecillo que un cuco les ha deslizado subrepticamente en su nido. Aquí, toda una población distinguida solicita un cuco. Después de la pequeña nobleza, los caciques de pueblo hacen valer sus derechos, los grandes propietarios no quieren tampoco ser olvidados, y menos aun los burgueses enriquecidos. Los hombres de Dios hacen lo que pueden; eso les basta. Para las gentes bajas, bastan los sacerdotes ordinarios; para las clases medias, los sacerdotes de mediana edad. Aun hay que añadir que las personas devotas, después de haber hecho caridad á las buenas mujeres — pues allá los dones amorosos se solicitan y obtienen por el amor del Señor celeste, — requieren aún alguna dádiva en dinero. ¡Y véase cómo la clase sacerdotal se presta mejor al comercio que los hidalgos! Bajo ningún pretexto un naír de la alta sociedad sostendría relaciones con una joven plebeya; pero un sacerdote se pone por encima de esa debilidad, medio haciendo caridad y medio recibéndola. Los viejos nambourís frecuentan las campesinas y artesanas; sin gran celo, es cierto, porque los rústicos y proletarios se ven con frecuencia obligados á hacerse por sí mismos la tarea. No obstante, por la parte trasera de la cabaña se abre una pequeña puerta, cuando el sacerdote llama en ella. Hasta tienen la atención de reservar para su uso exclusivo algunos pequeños utensilios de metal, pues ellos no podrían comer, beber ni siquiera lavarse en vasijas contamina-

das por el contacto de las especies. Le está permitido tocar á la mujer sudra, pero no el cántaro en que trae agua de la fuente. Uno de esos brahmanes se quejaba al misionero Weiabrecht (1) de no tener menos de diez esposas á que dedicarse.

«Esos Brahmas Koulinnes, dice el Dr. Roberts, son garañones de pura sangre, á los cuales incumbe ennoblecer la raza y cohabitar con las vírgenes de raza inferior. El venerable personaje corre pueblos y aldeas; se le hacen regalos en dinero y ropas. Le lavan los pies, se beben el agua sucia y se conserva lo sobrante. Después de una comida compuesta de manjares delicados, se le conduce al lecho nupcial, donde le espera la virgen coronada de flores.»

Aquellas que no son admitidas para tan alto honor, solicitan, con toda humildad, permiso al menos para besar el órgano del hombre divino, el favor de que le marque la frente por sí mismo con una gota de bermellón (Tavernier).

Toda la India está imbuída de que la sangre sacerdotal está dotada de virtudes generadoras. Los sacerdotes *itinerantes* de Siva, conocidos con el nombre de *dejaugoumas*, son célibes la mayor parte. Cuando alguno de ellos concede á cualquiera de sus adeptos el honor de entrar en su casa, todos los hombres que la habitan vienen obligados á salir y alojarse en otra parte; dejando sus mujeres é hijas con el santo personaje, que prolonga su estancia tanto como le place (Dubois, ob. cit.) Ya el ADI PARVA del Maha Bharata abunda en historietas de grandes príncipes y poderosos héroes que van á presentar sus esposas é hijas, engalanadas y lujosamente vestidas, á un eremita devoto, rico en penitencias, para que se digne concederle un hijo de sus obras. Tales son, para empezar, el augusto

(1) *Journal des Missions evangeliques*, 1852.

Pandou, el rey Balí, Vichitravirya, Vipasman, Djarasandha, Bhima, Khounti Bhodja y otros.

¿Se cree que exageramos? Pues bien, pasemos la frontera y entremos en Birmania, donde las grandes familias tienen su director de conciencia, al cual, antes de la boda, se le mandan las hijas: «se le hace homenaje con la flor virginal», según expresión oficial. La primera noche, la recién casada camboadgiana pertenecía, ó pertenece aún, al sacerdote, digno hombre que no así de cualquier modo interrumpe sus oraciones por la primera que llega. Las familias nobles agradecen sus servicios con grandes regalos y magníficos presentes; en tales cuestiones no se debe ser tacaño. Las familias burguesas empiezan con tiempo á hacer economías para llegar á la cantidad requerida; las familias pobres la recogen por suscripción, ó las buenas almas la anticipan sin interés, convencidos de que se lo tendrán en cuenta en el otro mundo. En las islas Filipinas existían, no ha mucho, sacerdotes de esos á los que había que pagar bien cara su complacencia. Los santones yezids, que prestaban la misma clase de servicios, pasaban por ser bienhechores públicos. En Egipto, muchos obscenos y malos derviches eran solicitados por las celadoras de comunidades, asaltados por turbas de devotas. Y en el Nuevo Mundo, en Nicaragua, las jóvenes no se casaban sin haber pasado en el templo una noche con el sacerdote. Pero detengámonos en la pendiente; este tema no es de los que se agotan en una página. Digamos solamente que, bajo el Imperio, las damas romanas se dejaban caer en brazos de los taumaturgos, que ellas conceptuaban como seres semidivinos, procurando placeres refinados y superior progeneratura.

Así es como los brahmanes dominaron siempre por la religión á un pueblo que se había emancipado de su tutela política. Sus hijos son los príncipes y señores

del país; de generación en generación, sus bastardos mantienen el cetro de la realeza.

En las condiciones que acabamos de describir, los niños que ven sucederse los hombres en la compañía de sus madres, presentarse y luego desaparecer, se sienten más íntimamente unidos al tío materno, invariable y único representante de la familia; sienten más afecto por él que por su propio padre, aun cuando éste les hubiera criado, rara ocurrencia entre las clases elevadas. «En la filoprogenitura de nuestros moralistas europeos, todo es extraño para un nair, la idea y la cosa. Se le ha enseñado desde su más tierna infancia que el tío es más próximo pariente que el padre; que en consecuencia, debe sentir mayor afecto por el sobrino que por el hijo propio.» (Rich, Burton).

En Ceilán, gran centro de inmigración del pueblo tamul, la palabra tío es mucho más honrada que la de padre; se dirigen á los hechiceros y danzantes del diablo calificándolos de «tíos venerables», título equivalente al de padres, reverendos padres de otras partes. La «ley nepótica» rige la sucesión al trono de Travancore, aunque el maharadja se tenga á sí mismo por kchatrya. El mismo régimen impera entre los Ilavar de origen cingalo. Los tchanar reparten con frecuencia su herencia por mitad entre el hijo y el sobrino. Son tantos los pueblos que en la India y fuera de la India determinan la sucesión de tío á sobrino, y bajo la forma más arcaica aun de madre á hija, que ni siquiera nos atrevemos á enumerarlos. Un hombre que perdiera de una vez—supongamos por una epidemia—al hijo y al sobrino, pasaría por hombre carente de sentimientos naturales si manifestara tanto

sentimiento por el hijo como por el sobrino, aunque jamás hubiese visto á su sobrino, aun cuando hubiese visto nacer á su hijo, le hubiese tenido siempre á su lado y prodigado toda clase de ruidados. Hemos tomado una casta extrema; pero lo más frecuente es que el tío sea el verdadero protector de los niños, el que, después de haberles aconsejado y dirigido durante toda su vida, les lega luego su haber. En lenguaje familiar, los niños llaman al tío «el que alimenta», y al padre «el que viste». Tomada al pie de la letra, esta designación resultaría inexacta, pues muchos padres atienden á las necesidades todas de sus hijos, pero prueba siempre cuán profundo es el buen concepto del tío. El primero procura la «pensión», el segundo da un «regalo». El tío en Malabar distribuye sus objetos mobiliarios entre los sobrinos y sobrinas en partes iguales. En cuanto á las tierras, se transmiten por las mujeres; la madre las lega á la hija mayor, y ésta es libre de confiar la explotación al hermano mayor, que repartirá los productos entre los miembros de la familia.

Desgracia, peor aun que la muerte, si hay que enajenar la herencia materna. Sólo se conocen raros ejemplos. La cesión se simboliza del modo siguiente: el vendedor vacía sobre las manos del comprador el contenido de un botijo cuya agua ha sido tomada en las tierras enajenadas. En tanto cuanto les es posible, la herencia materna se conserva entera al través de las edades; en vez de provocar particiones seguidas de aparceramientos, los hermanos se acomodan viviendo en «hermandad» ó casa común. Algunos autores estiman que la sucesión va de los hijos de la hermana mayor á los de la segunda, después á los de la tercera, y así sucesivamente; pero lo más probable es que el orden se arregla entre primos por la fecha estricta de los nacimientos.

A pesar de tantas precauciones para prevenir la extinción de las familias, un cúmulo de circunstancias desgraciadas puede hacer que una herencia quede vacante. ¿Qué hará el hombre que, no teniendo ni hermana ni sobrino hijo de hermana, carezca de heredero natural? Pues adoptará una hermana que perpetúe la familia. Pero ¿y si la nueva hermana no deja sucesión? ¡Pues que ésta adopte á su vez!

A la criatura que le presente la matrona, le dará sus pechos aunque éstos no estén sino bañados de leche. Si esa leche la conserva el estómago, la adopción es definitiva; pero si es devuelta, ó el pecho no cogido, hay que procurarse otra criatura, buscarse otro heredero, otra heredera.

Constituída así la familia, por poco numerosa que sea, no tiene por jefes sino viejos. El Zamorin era el más anciano de una parentela que contaba cerca de un centenar de miembros. Frecuentemente sus débiles manos se cansaban de sostener las riendas del gobierno; y, prefiriendo entonces darse á la devoción, confiaba la dirección de los negocios á un agente, asistido por un consejo de Estado, compuesto siempre por cinco príncipes, herederos presuntos, y cuya edad, por consecuencia, se aproximaba más á la suya. Muchas veces, el viejo llamado al poder apenas si tenía tiempo de enterrar á su predecesor y dormirse á su vez con el sueño eterno. Esos buenos hombres eran casi siempre de carácter pacífico; lo cual es siempre una ventaja para el pueblo. Se daban, sin duda, algunos casos de imbecilidad desde que los soberanos no eran ejecutados á los doce años de reinado, pero en cambio se había olvidado toda ofuscación. Jamás uno de esos príncipes naires no asesinó á quien le cerraba el camino del trono. Ese hecho no ha faltado motivo para consignarlo en la India, donde las dinastías se han destruído mutuamente siempre, dando á los gobernados

ejemplo de hermanos degollándose entre sí, de hijos rebelándose contra su padre, de padres envenenando á sus hijos ó haciéndoles cegar. Contraste fácil de explicar: el derecho paternal levanta terribles ambiciones, crea desigualdades, disparates extremos entre los más próximos. El matriarcado, derecho igualitario, no suscita celos ni odios, tiende á la paz y á la tranquilidad, hace iguales las porciones, salvo que mejore á los más jóvenes en algunas partes.

Después de todo, hay algo bueno en ese Malabar, que sus habitantes, con una ironía que nada tiene de engañosa, han denominado la *Tierra de los sesenta y cuatro abusos*. Tanto como la China, merecería ser llamado el «País de la piedad filial». En el imperio del Centro, todas las instituciones políticas ó civiles se derivan del derecho paternal; aquí proceden del derecho maternal. Muy batalladores, fieros y orgullosos son los naires, pero obedecen sin reserva á la madre, asistida por el tío y secundada por la hermana mayor; el *trío* lleva la gerencia de la propiedad común, á la cual los partícipes dan cuenta de sus hechos y acciones; jamás se creen mayores de edad para sustraerse á la mutualidad de «mamá»; mientras se tiene de pie «la vieja rama», á ella continúan adheridos. ¡Qué están lejos de nosotros esos modos de ser y de sentir! ¡Que nos separan siglos de ellos! Y sin embargo, bastan algunos días para pasar de Londres y París á Calicut y Cannanore.